

Simplicidad RADICAL

Huellas pequeñas en una tierra finita

JIM MERKEL



Título original: Radical Simplicity

Primera edición: Barcelona 2005

- © 2003 Jim Merkel (www.globallivingproject.org)
- © 2003 New Society Publishers, Gabriola Island, Canadá (www.newsociety.com)
- © 2004 Fundació Terra, Barcelona (www.ecoterra.org)
- © 2004 África Rubiés por la traducción

Todos los derechos reservados

Editorial: Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia (www.laic.org)

Coordinación de la edición: Fundació Terra

Revisión estilística: Carme Roselló

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Catalonia - Impreso en Cataluña

Depósito Legal: B 48410-04

ISBN: 84-87064-37-X

Fotocomposición realizada con Adobe Page Maker 7.0

Impreso en papel elaborado con pasta de papel libre de cloro

Cubierta realizada con cartoncillo reciclado postconsumo de Stora Enso Barcelona

Impreso en Romanyà-Valls

ÍNDICE DE MATERIAS

PRESENTACIÓN	VII
PRÓLOGO DE VICKI ROBIN	IX
SOBRE EL AUTOR	X
AGRADECIMIENTOS	XI
INTRODUCCIÓN	XV
PARTE I: Viaje hacia la simplicidad	1
CAPÍTULO 1: JUSTIFICACIÓN PARA UN ESTILO DE VIDA GLOBAL	2
Factores internos	6
Factores externos	6
No hay más remedio	9
CAPÍTULO 2: UNA CULTURA PARA UN ESTILO DE VIDA GLOBAL	12
El terreno de lo material	13
El terreno de lo no material	14
Las tres vacas sagradas	14
Los límites deseables	17
CAPÍTULO 3: LA SOSTENIBILIDAD EN ACCIÓN	18
La lección de los Chumash	21
El sendero Muir	23
La lección de Kerala	27
Teorías	35
Experiencias	37
Clases prácticas	38
Los Kani	41
Despedida de Kerala	43
El Proyecto de Vida Global	46
Conclusiones	48
PARTE II: Tres herramientas	53
CAPÍTULO 4: COMPARTIR LA TIERRA	54
Vivir equitativamente	56
La equidad interespecies	56
La equidad entre humanos	60
La equidad intergeneracional	64

IV SIMPLICIDAD RADICAL

CAPÍTULO 5: CÓMO EMPEZAR	69
El taller de la sostenibilidad	70
Primera parte: marcarse un objetivo simple	70
Segunda parte: objetivos difíciles que requieran cierto esfuerzo	71
Tercera parte: la reflexión y la visualización	71
Las tres herramientas	75
La huella ecológica	75
<i>La Bolsa o la Vida</i>	75
Aprender de la Naturaleza	76
Los sistemas totales	76
CAPÍTULO 6: LA PRIMERA HERRAMIENTA. LA HUELLA ECOLÓGICA	78
La ciencia de la huella ecológica	79
¿Qué es la huella ecológica?	81
El cálculo de la huella ecológica	84
¿Cuánto mide mi huella?	86
¿Cuánto mide mi sueldo?	86
Cuestionario rápido sobre la huella ecológica	89
La calculadora de la huella ecológica	96
El lenguaje del cálculo de la huella ecológica	97
Utilización de la calculadora	99
Ajuste de la calculadora	100
Comparaciones	101
La huella ecológica	113
Qué se necesita	114
Unas cuantas preguntas	115
Paso uno: los flujos	116
Paso dos: hacer un inventario	117
Paso tres: cómo determinar la huella ecológica	126
CAPÍTULO 7: LA SEGUNDA HERRAMIENTA. LA BOLSA O LA VIDA	129
Los nueve pasos de <i>La Bolsa o la Vida</i>	130
La familia de curvas de realización personal	130
Las cuatro cualidades y las seis realidades de la «suficiencia»	131
¿Por qué es una herramienta tan adecuada?	133
La creación de un movimiento	135
Historias de éxitos	136
Formas de utilizar esta herramienta	137
Independencia económica	137
Independencia económica regular	138
Trabajo flexible	138
Un trabajo en el que creemos	138
Un trabajo de restauración	139
Los cinco primeros pasos	139
Paso uno: saldar cuentas con el pasado	140
Paso dos: situarse en el presente	141

Paso tres: ¿adónde va a parar todo el dinero?	141
Paso cuatro: las tres preguntas que pueden transformarnos la vida	142
Paso cinco: cómo hacer que la energía vital se haga visible	143
CAPÍTULO 8: LA TERCERA HERRAMIENTA. APRENDER DE LA NATURALEZA	144
Cortejando la Naturaleza	144
El miedo a la Naturaleza	145
Estar en plena Naturaleza	146
Un lugar secreto	146
Meditación ambulante	147
El paso del búho	147
La búsqueda de la visión	147
Qué hacer en la Naturaleza	148
Paseos diurnos	148
Rastrear	148
Pasar la noche	149
Actividades propulsadas por energía humana	149
Recolección de alimentos y medicinas silvestres	149
Recolección de fibra vegetal y de combustible	150
Recolección de fertilidad	150
Horticultura	150
El estudio de la Naturaleza	151
Las cuencas hidrográficas	151
Identificación y comportamiento	151
Ecología	152
Biomimetismo	152
Sentirse a gusto en medio de la Naturaleza	153
PARTE III: Integración	155
CAPÍTULO 9: APLICANDO LAS HERRAMIENTAS	156
Una visión estratégica	157
Los artículos más caros	157
Los frutos al alcance de la mano	158
La prueba del triple balance final	160
Cómo incrementar la eficiencia energética	163
Una advertencia con respecto a la eficiencia	165
Los principios-guía	165
Los principios de toda la vida	165
Los principios de la permacultura	166
Principios espirituales	169
CAPÍTULO 10: EL RETO DE LA SENSATEZ ECOLÓGICA	171
¿Quién vive con media hectárea?	173
Experimentar la pobreza	174
Escenarios ecológicamente sensatos	175

VI SIMPLICIDAD RADICAL

La comida ecológicamente sensata	176
La vivienda ecológicamente sensata	181
El transporte ecológicamente sensato	185
Bienes y servicios ecológicamente sensatos	186
Existencias ecológicamente sensatas	187
Residuos ecológicamente sensatos	188
CAPÍTULO 11: EL PLAN DE LOS CIENTO AÑOS	191
Elegir libremente tener menos hijos	193
¿Quién tiene familias pequeñas?	196
La implicación personal - Opciones	197
Un modelo de población simplificado	198
Familias con un solo hijo	198
Familias con dos hijos	199
Familias con tres hijos	199
El tamaño de la familia <i>versus</i> los espacios no urbanizados	200
La sostenibilidad y el tamaño de la familia	200
CAPÍTULO 12: HACIA UN FUTURO SOSTENIBLE	203
APÉNDICE A: FACTORES DE HUELLA ECOLÓGICA	298
APÉNDICE B: HOJAS DE TRABAJO DE LA HUELLA ECOLÓGICA	222
APÉNDICE 3: HOJAS DE TRABAJO DE <i>LA BOLSA O LA VIDA</i>	232

PRESENTACIÓN

Radical, significa ir a la raíz

Cuando en este país alguien dice de otro que es radical, ya está sentenciado. El concepto radical no quiere decir otra cosa más que ir a la raíz. Sin embargo, nuestra sociedad global consume más recursos que los que el planeta puede ofrecernos y amenaza la supervivencia de las futuras generaciones sin contemplación. En un mundo envenenado por los gases de efecto invernadero fomentar la economía con los combustibles fósiles no es ético. Pero ahorrar energía y recursos exige un cambio de hábitos. Y los humanos somos reacios a cambiar nuestras costumbres. Desgraciadamente, nuestra sociedad no puede tener una continuidad viable si seguimos con un consumo equivalente a una huella ecológica de más de tres planetas. De seguir así, entonces sí estaremos sentenciados. El libro de Jim Merkel que presentamos pretende explicarnos que nosotros tenemos parte de responsabilidad en la construcción de un mundo que criticamos, y lo hace desde una visión positiva de nuestra ciudadanía: la posibilidad de transformarlo está en nuestras manos. Sí, nosotros, en nuestra vida. No es posible transformar el mundo si no transformamos nuestra mentalidad y nuestros hábitos.

*No es la primera vez que se ponen sobre la mesa propuestas como la de **Simplicidad radical**. Saberse parte de los intentos históricos ayuda a valorar la responsabilidad que nos exige la contemporaneidad. Puede que el antecedente más emblemático al libro de Jim Merkel se encuentre –además de en Epicuro– en la propuesta de Henry David Thoreau, en su mítico libro **Walden**¹ editado en el año 1854. Thoreau se fue a vivir a una cabaña cerca de un lago, queriéndonos demostrar con ello que con muy pocas cosas podemos gozar de una gran vida espiritual. Con su actitud ensayó, quizá por primera vez en un Estado burgués, una vida alternativa y además abrió la puerta al concepto liberal de desobediencia civil desarrollado por Tolstoi y, después más ampliamente, por Gandhi.*

*Paralelamente a Thoreau, Étienne Cabet publicó en Francia **Voyage en Icarie**, una idea de comunismo icariano que recogió en Cataluña el utópico inventor del submarino Narcís Monturiol² en el año 1847 y que contó con la simpatía y proximidad de otros catalanes de la época, como Abdó Terrades (precursor del socialismo utópico) y Josep Anselm Clavé (líder del republicanismo federal). Un grupo de catalanes, entre los que se encontraba*

VIII SIMPLICIDAD RADICAL

el hermano de Monturiol, Joan, Pere Montaldo y Joan Rovira, se desplazaron a Nauvoo (Illinois) para ayudar a fundar Icaria. Montaldo participó en la Guerra de Secesión, en la cual fue herido y condecorado por su valor en el bando antiesclavista de Abraham Lincoln. Entre 1846 y 1848, se intentó llevar a cabo una experiencia similar en Pueblo Nuevo, en Barcelona, con el mismo nombre de **Icaria**.

Walden inspiró 100 años más tarde **Walden dos**, de B. F. Skinner³, que tuvo un gran impacto en los movimientos alternativos de los años setenta, especialmente en el movimiento hippy. Skinner proponía vivir en comunas fuera de las ciudades. Merkel nos plantea la necesidad de cambiar de vida, si no queremos agotar el planeta. Conviene valorar el método de simplificar nuestra vida propuesto por Merkel, dado que aporta herramientas que nos permiten evaluar nuestra huella sobre el planeta. Probablemente la apuesta del autor nos puede parecer osada porque nos hace propuestas como valorar el número de hijos que deseamos tener. Por este motivo, os invitamos a la lectura del libro no tanto con el ímpetu de copiar todas y cada una de las proposiciones que plantea, sino con el afán de volvernos conscientes sobre lo que comporta el actual estilo de vida consumista.

Es evidente que algunas de sus propuestas nos pueden hacer reflexionar sobre hábitos como el exceso en el consumo de carne, a pesar de que un buen bistec resulta exquisito. Ponemos este libro al alcance de quienes nos sentimos progresistas en el sentido de dirigirnos a las raíces de los problemas y ser parte de la solución. Probablemente, aquellos que vivimos en las ciudades necesitaríamos propuestas adaptadas. Sin embargo, el ejercicio de cálculo al que nos invita Merkel, aunque pueda parecer fatigoso, no pretende otra cosa que incitarnos a adaptar nuestra vida a un mundo en el que las necesidades artificiales han crecido de forma exponencial. Ni el propio Marx habría imaginado nunca hasta dónde se podría llegar en el concepto de alienación. Se trata de que cada individuo busque su forma de ser feliz –si es que es posible– al modo de John Stuart Mill, haciendo crecer las mil flores de la libertad.

Así pues, simplificar la vida es complejo, se necesita mucho ingenio pero, sobre todo, mucha, mucha austeridad. En cada uno de nuestros actos cotidianos podemos simplificar nuestra existencia y, con cada comportamiento, reducir nuestro consumo y ahorrar energía. Los pequeños cambios son poderosos y **Simplicidad Radical** no hace más que ponerlo en evidencia con cuatro números. Os animamos a hacer cálculos y a que valoremos si el esfuerzo que se deduce de ello puede ser útil para impulsar una nueva moral socioecológica, y de la cual se desprenda una mayor estima para el planeta que nos acoge. Hoy parece agotado, mañana quizá nos podría expulsar sin contemplaciones. Tenéis en vuestras manos una lectura apasionante porque nos hace partícipes de la solución para vivir en un mundo más solidario, fraternal y libre.

Jordi Serrano, Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia
Jordi Miralles, Fundació Terra

¹ Henry David Thoreau: Walden. Del deber de la desobediencia civil. Parsifal ediciones. Barcelona, 2001.

² Matthew Steward: Monturiol's dream. The extraordinary story of the submarine inventor who wanted to save the world. Profile Books. London, 2004.

³ B. F. Skinner: Walden dos. Edit. Fontanella. Barcelona, 1976.

PRÓLOGO

VICKI ROBIN

Abramos la página 136 de *Material World*, el libro de fotografías de Peter Menzel que muestra personas de todo el mundo y sus posesiones*. ¿No poseéis ningún ejemplar? No hay problema, os diré de qué trata la fotografía. Aparece la familia Skeen, de Pearland, en el estado de Texas, seleccionada porque representa la experiencia americana más «profunda». Su nivel de renta se aproxima a la media de los Estados Unidos. Tienen dos hijos: Michael, de siete años, y Julie, de diez. Al igual que todas las treinta familias que fueron seleccionadas para este libro ilustrado, aparecen delante de su casa, con todo el mobiliario y electrodomésticos dispuestos en el patio que se encuentra detrás suyo. El despliegue así mostrado es agradable aunque modesto, nada comparable con los decorados que aparecen en tantas comedias de la televisión. En todo el mundo, a cada familia se le preguntó cuál era su bien máspreciado, y para los Skeen, igual que para muchos americanos, es la Biblia familiar.

Ahora vayamos a la página 14. Mali, África. La familia Natoma, de once miembros (dos esposas, ocho hijos y un padre), aparece sentada en el tejado de su casa de adobe hecho con barro y paja, rodeada de ollas, cestas y diversos utensilios para la cocina y para las tareas agrícolas. Seguramente ellos mismos elaboraron la mitad de estos utensilios que usan a diario. Al fondo aparece una bicicleta, que es la posesión máspreciada de papá. La ropa que llevan puesta y la que se encuentra en un tendedero improvisado que se sostiene entre la casa y la pared de barro es de colores brillantes. Sus rostros lucen grandes sonrisas. Tienen radio pero no tienen ni televisión, ni teléfono, ni vídeo, ni automóvil.

*Menzel, Peter. *Material World. A Global Family portrait. [El mundo material. Un retrato de la familia global.] United States, Sierra Club (1994). [N. de la T.]*

X SIMPLICIDAD RADICAL

Ambas familias están separadas por miles de kilómetros, por muchos años de desarrollo y por múltiples capas de comodidades. Un lector de sensibilidad parecida a la mía apreciará la simplicidad del hogar de Mali, y quizá incluso se maravillará ante su aparente alegría en unas circunstancias que sumirían a la mayoría de americanos en la impotencia y la desesperación. Tendríamos que quitar casi todo lo que aparece detrás de los Skeen para situarlos al mismo nivel que los Natoma. Quizá mejor que cerremos el libro.

Pero no podemos cerrarlo. Tanto yo como vosotros, los Natoma y los Skeen, además de quizá 6.500 millones más de personas y cientos de miles de millones de otros seres, vivimos juntos en un planeta. Es posible ignorar la presencia e incluso la existencia de aquellos que no poseen nada, pero respiran el mismo aire, beben de las mismas escasas reservas de agua y dan a luz niños que crecerán y trabajarán con nuestros hijos para finalizar la tarea que apenas hemos comenzado: tendrán que encontrar el modo de conseguir que todos podamos vivir bien con los limitados recursos de la Tierra.

Jim Merkel, un antiguo ingeniero de armamento, aceptó este reto hace ya catorce años. Disminuyó el valor de sus posesiones y redujo el enorme volumen, complejidad y toxicidad de todas las cosas que circulaban a través de su vida. Lo hizo con ganas y alegría, guiado por la pasión y la curiosidad. Su formación en ingeniería le proporcionó la mentalidad y las herramientas necesarias para poder evaluar cuáles de los cambios que realizaba disminuían efectivamente su impacto en la Tierra. Presionó al ayuntamiento de su ciudad para que creara carriles para bicicletas, de modo que todo el que quisiera pudiera prescindir del coche. Organizó unos festejos del Día de la Tierra (Earth Day), que atrajeron a cientos de voluntarios y miles de personas. Su buen humor, su humilde integridad y su simpatía se combinaron con la colección de hechos y cifras que reunió y que mostraban el devastador impacto que ejerce el modo de vida americano sobre la Tierra.

Aprendió todo lo que pudo y experimentó con todos los métodos que tenía a su alcance. Durante esta etapa, conoció a Mathis Wackernagel y Bill Rees, quienes le hablaron de la Huella Ecológica, un método relativamente preciso para medir la cantidad de recursos del planeta necesaria para mantener el estilo de vida a que estamos acostumbrados. También quiso conocernos a mí y a Joe Domínguez después de leer *La bolsa o la vida*^{*}. El método que ideamos para reducir el consumo al tiempo que se incrementa la calidad de vida era otra de las piezas clave del rompecabezas que estaba tratando de resolver: ¿Cómo conseguir que la gente viva dentro de los límites de los recursos de la naturaleza sin experimentar ningún

^{*}Robin, Vicki y Domínguez, Joe. *Your Money or Your Life*. Penguin USA, 1999. (La bolsa o la vida. Editorial Planeta, 2000) [N. de la T.]

tipo de carencia? Jim también se entusiasmó ante la oportunidad de efectuar un viaje de estudios a Kerala, India, con el fin de aprender de los residentes de ese Estado, cuya calidad de vida es casi tan alta como la que tenemos en Norteamérica... aunque lo consiguen con poco más de 300 dólares por persona año.

A partir de estas piezas construyó un gran sueño, empezando por un centro de investigación y educación para enseñar a la gente las habilidades necesarias para vivir con pocos recursos y los métodos para saber cuánto cuesta sostener su calidad de vida. Pero, a partir de ahora, ¿qué mejor que dejar que Jim os cuente su propia historia? Lo que realmente deseo que sepáis es que Jim ha logrado que vivir con menos parezca tan divertido que desearéis intentarlo vosotros mismos. Con su estilo persuasivo, Jim os contará vívidas historias acerca de su progresiva toma de conciencia, tanto del peligro como de la promesa que entraña la vida en esta Tierra.

Tanto las personas como los animales, las plantas, la tierra y todos los seres que existen componen un precioso manto de vida en nuestro exquisito planeta. Todos nosotros vivimos aquí juntos... ahora, ahora y ahora. Pero, entonces, ¿qué podemos hacer? Jim tiene algunas respuestas. Escuchad su voz, y veréis cuán plausible resulta la sostenibilidad... y cuán necesaria. Querréis participar, porque entonces Jim será amigo vuestro y sus planes parecerán la mayor aventura que exista en la Tierra.

Vicki Robin
es coautora, junto con Joe Domínguez, de *La bolsa o la vida*.

SOBRE EL AUTOR

Originariamente ingeniero militar y comercial de la industria armamentística, Jim Merkel cambió su vida en el momento del desastre del Exxon Valdez, abandonando su trabajo por dedicarse al servicio medio ambiental y la paz mundial. Simplificó su vida y 14 años más tarde continúa como voluntario y vive con 5.000 dólares al año.



Jim fundó el Grupo de Trabajo para el Transporte Alternativo en San Luis Obispo, California, y obtuvo una posición electa en el Club Sierra mientras afilaba habilidades urbanas para la vida sencilla. En Washington ha mediado por las tierras vírgenes, la paz y los derechos de los nativos americanos. En 1994, recibió una beca para investigar la sostenibilidad en Kerala, India. Al año siguiente, fundó el Proyecto de Vida Global (Global Living Project) e inició el Instituto de Verano del Proyecto de Vida Global para descubrir que cada individuo debería dar derecho a «compartir equitativamente» la Tierra. Con gran ayuda por parte de amigos y de su compañera Rowan Sherwood, diseñó y construyó para el Proyecto de Vida Global las instalaciones para un hogar con permacultura que sirviera de demostración. El Proyecto de Vida Global todavía sigue fortaleciéndose.

Jim también ha animado el ciclo de charlas «Ir en bicicleta por un futuro sostenible», que ha recorrido más de 16.000 km, y ha impartido cientos de talleres sobre vida sostenible. La bicicleta sigue siendo su principal forma de transporte, tanto entre ciudades como en viajes hacia Méjico, dos veces a través de Canadá, así como por Europa y la India.

Sus pasiones son las plantas silvestres comestibles, la vida salvaje y construir viviendas que incorporen material reutilizado procedente de las basuras. Con su compañera Rowan, se han reubicado en una casa de campo en Vermont para estar cerca de sus familias.

AGRADECIMIENTOS

Cuando llegué a casa de mamá y papá, después de haberme pasado diecisiete años en el oeste del país, me esperaba una habitación con una mesa, estantes y una puerta con un letrero que ponía "Despacho". El cercano río Pleasant, que recorre el estado de Maine (Nueva Inglaterra), con sus coyotes, salmones, alces, osos y puercoespines, me ayudaba a concentrarme, mientras mi país estaba librando una guerra.

Hasta que no hube pasado aproximadamente dos meses escribiendo *Simplicidad Radical*, tenía la ilusión de que me limitaría a sentarme y escribir este libro... Error. La radio comunitaria WERU y la presentadora Amy Goodman, con su programa Democracy Now!, mantenían mi inspiración, gracias a sus noticias acerca de la existencia de un movimiento mundial en favor de la Paz. Si no hubiera sido por el apoyo de amigos, compañeros activistas y mi familia, habría abandonado el proyecto.

Quisiera dar las gracias primero a mi hermana Marie Merkel, que me ayudó con los primeros borradores, y a Janel Sterbentz y los compañeros de la organización Redefining Progress. Chad Monfreda, Diana Deumling y Mathis Wackernagel, además de mi compañera Rowan Sherwood, se ofrecieron generosamente para ayudarme en mis investigaciones. Hank Colletto, Lilly Fessenden, Monica Word, Mathis Wackernagel y Mart Chingos revisaron los primeros borradores. Finalmente, cuando conseguí reunir el primer manuscrito, Ivan Ussach, Rowan y mi hermana Michele Sorensen lo revisaron con suma competencia.

En los momentos en que me era necesario recluirme, Hawk y Lisa Henries me ofrecieron un alojamiento, y después Colleen O'Connell en Ravenwood, donde las hortalizas orgánicas me sirvieron de alimento para el cuerpo y para el alma. A lo largo de todo el proyecto, tuve el apoyo de Chris y Judith Plant e Ingrid Witvoet de la editorial New Society Publishers.

Y, sobre todo, le doy las gracias a Rowan, que trabajó en este proyecto de principio a fin, y cuyo constante apoyo y amor hacen que la vida sea más maravillosa. Sin ella no lo habría conseguido.

Jim Merkel
Junio de 2003

INTRODUCCIÓN

Estaba disfrutando de una cerveza negra belga en el Royal Viking Hotel de Estocolmo, Suecia, rodeado de un enjambre de altos ejecutivos. Era en marzo de 1989. De pie ante la amplia y barnizada barra, era hora de recobrar el aliento. Había estado colaborando en el diseño de un ordenador militar que podía trabajar tanto bajo el agua como sobre la cubierta de un barco de guerra. Estaba preparado para resistir caídas con rebote incluido, llevaba codificados algoritmos criptográficos, cabía en la palma de la mano, podía sujetarse al auricular de cualquier teléfono público para transmitir secretos y podía sobrevivir a una explosión nuclear. Paseé la vista por la habitación y, viendo que nadie me observaba, abrí un pequeño cuaderno y repasé los datos acerca de los procedimientos de ventas de artículos militares en otros países.

Al día siguiente me iba a encontrar con un alto cargo del ejército sueco. Le iba a hacer una demostración de mi pequeño y ultrasecreto juguete. Quizá vendería algo, aunque lo más probable era que examinaran mi diseño pero permanecieran fieles a nuestro competidor europeo, una situación de la que me había informado con creces la empresa para la cual trabajaba, TRW, y nuestros consultores. La televisión vomitaba un anuncio de cervezas, recordándome que me acabara la mía. De golpe, en la pantalla apareció un boletín especial de noticias, y la habitación se vio invadida por una enorme marea negra, junto con un mar de cormoranes empapados en petróleo y focas que chillaban luchando por mantenerse a flote, mientras lentamente se acercaban a una costa impoluta. Al fondo surgían las montañas salvajes de Alaska, con bosques por los que merodeaban los lobos, ríos llenos de salmones, osos pardos: Alaska, el lugar de tantos sueños de la infancia...

Mientras los periodistas rastreaban entre la tripulación del Exxon Valdez en busca de los culpables, vi mi rostro en el espejo al otro lado de la barra y supe que el culpable era yo. Yo conducía un coche y utilizaba el avión: cuatro vuelos intercontinentales y tres vuelos continentales sólo el pasado año. ¿Cómo podía convencer a un jurado de doce ballenas medio asfixiadas? Supe la verdad: los combustibles fósiles forman parte de todo lo que consumo. Obviamente, todo el resto del mundo industrializado se encontraba a mi lado, en el banquillo de los acusados: la «necesidad» de tener cada vez más movilidad, más progreso, más crecimiento, nos había conducido directamente a este desastre. Pero en aquellos momentos lo único que sabía era que yo, personalmente, debía dar un paso hacia delante y hacerme responsable de los daños.

Un día después, con la misión cumplida, volé de regreso a California. El movimiento brusco del aterrizaje me hizo despertar de un sueño extraño en el que mi furgoneta había desaparecido del aparcamiento del aeropuerto y tenía que irme a casa atravesando las sofocantes calles de San Luis Obispo como si fuera un burro sobrecargado. No, allí estaba... cubierta de polvo, pero todavía una parte importante de mi vida. Conduje directo al trabajo, guardé el equipo de criptografía en un armario secreto, me fui a casa y aparqué la camioneta con gesto decidido. No tenía ninguna prisa para entrar, puesto que lo único que me esperaba eran los armarios vacíos de una vivienda de soltero, así que monté unas alforjas en la bicicleta y me fui de compras. Tenía la sensación de encontrarme todavía en el extraño mundo de mis sueños. Los pasillos del supermercado rezumaban petróleo: desde el abono para los cultivos hasta el transporte en camiones, el procesamiento de los alimentos, el empaquetado y las figuritas de plástico de regalo que aparecían en las cajas de cereales. De pronto, vi un cormorán cubierto de petróleo que salía medio arrastrándose de los Cheerios* e iba a parar al corazón de los enormes campos de cereales de América.

Me fui con las manos vacías y atravesé la población en bicicleta hasta Cuesta Co-Op, la tienda de productos naturales. Las hortalizas no estaban totalmente libres de petróleo, pero se habían producido en la vecindad y eran cien por cien orgánicas. Volví pedaleando a casa con las cuatro alforjas llenas y ningún envoltorio extra. A la mañana siguiente, salí para el trabajo diez minutos antes de la hora y atravesé pedaleando las calles silenciosas en un estado entre el sueño y la vigilia, aspirando el aire de las verdes colinas onduladas.

Empecé a ocupar las veladas buscando información y asistiendo a reuniones. Un amigo me pidió que me presentara a las elecciones para el comité ejecutivo de la organización medio ambiental Sierra Club y, al cabo de poco, me convertí en vicepresidente de la sección de Santa Lucía. Junto con un grupo de estudiantes

**Cheerios, galleta en forma de rosquilla 100% de cereales: www.cheerios.ca [N. de la T.]*

universitarios y un abogado de ideas radicales, fundamos el Grupo de Trabajo para el Transporte Alternativo (Alternative Transportation Task Force (ATTF)) y presenté el borrador de una propuesta para un sistema de carriles de bicicleta conectados entre sí, un plan para el transporte de personas tan utópico y vanguardista como pudiera soñarse. En el pleno donde se discutía el presupuesto anual de nuestra población nos atrevimos a pedir un incremento de hasta veinte veces la partida destinada al transporte en bicicleta. Vestidos con traje oscuro a rayas finas y corbata, y mostrando unos paneles con gráficos a todo color por encima de nuestras cabezas, expusimos el caso ante una sala de plenos abarrotada. Aquella noche, docenas de activistas defensores de la bicicleta llenamos el bar de la esquina para celebrar nuestra primera victoria: los fondos destinados a los carriles para bicicleta se habían multiplicado por diez, de 20.000 a 200.000 dólares anuales. *¡Viva la Bicirevolución!* Y esta vez, disfruté de una cerveza negra producida en una pequeña cervecería de la localidad.

Si Lily Tomlin y Steve Martin en la película *Dos veces yo* pensaban que resultaba incómodo compartir un cuerpo, ahí estaba yo: un acomodado vendedor de artículos militares que durante el día votaba a Reagan y por la noche me convertía en un pacifista de corazón tierno, un líder gamberro, ecologista y vegetariano. En julio de 1989, ambas mentes ya no podían compartir un mismo cuerpo. Nos encerramos en casa, bajamos las persianas y abrimos los manuales de ingeniería económica. Eco-Jim preguntaba: «¿Cuánto necesito?», mientras que el Ejecutivo-Jim respondía: «¿Cuánto puedo conseguir?». Calculamos los flujos de caja mensuales para opciones a corto y largo plazo. El ingeniero que había en mi interior hervía ante el reto que suponía nuestro plan. El señor Eco deseaba una vida tan libre y tan frugal que cupiera en la palma de la mano de la Tierra, una vida libre para poder luchar por los carriles para bicicletas y por los árboles de crecimiento lento, libre para poder ir algún día hasta Alaska en bicicleta. El señor Ejecutivo quería un sólido paquete económico personal que pudiera resistir una caída del mercado bursátil y no se hundiera a causa de una pasión producto del fervor y la ilusión, aunque quizá corta de miras.

Después de trabajar en las sombrías guaridas de las ventas de artículos militares, los dos Jims establecieron como límite infranqueable la no violencia: un diseño aceptable tenía que librarse de los fondos conseguidos haciendo de mercenario y, lo más importante, tenía que procurar la paz de forma sistemática, la paz entre familias, entre naciones... y todo un grupo de coyotes aulladores.

Contemplamos las restricciones del último diseño. La calculadora yacía en medio de un barullo de sumas y restas desparramado por encima de la cama, y de allí surgió un modelo, como un fénix de las cenizas. Parecía demasiado fácil: primero,

establecer la renta de ingresos por debajo del nivel susceptible de pagar impuestos. De ese modo ningún centavo contribuiría a que ninguna bomba y ninguna bala fueran a parar a los campesinos que viven cerca de los recursos más codiciados. Pero, ¿cómo podría promover la paz? Me acerqué la Tierra al oído y escuché.

Entonces oí lo siguiente: «Para promover la paz, debes vivir equitativamente». Entonces recordé uno de los datos que se mostraban en las pilas de libros de propaganda ecopacifista. La renta media de las personas de todo el mundo era de 4.500 dólares. Esta curiosa coincidencia me impresionó: podía vivir al mismo nivel que la familia humana y al mismo tiempo no subvencionar armas. Cogí precipitadamente la calculadora. Igual que la esposa que aparece en la película *El ladrón de bicicletas*, que tenía que vender su ropa de cama en una Italia devastada por la guerra, puse sobre el tapete todos y cada uno de mis bienes. Después, con un lápiz afilado taché todo lo que podía suponer un lastre: el barco... fuera. Restaurantes... fuera. Cerveza... cuatro al mes. La furgoneta... fuera de circulación. Suscripciones diversas... fuera. Vivienda... alquilaría los tres dormitorios que tenía libres y reduciría los gastos mensuales de 1.100 dólares a 200. Eliminaría gastos superfluos y privilegios, que suponían pura y simplemente un derroche. Empecé con una nueva columna de cifras... aquí el total, aquí unas correcciones, aquí una nueva serie de flujos de caja... totales, correcciones, vuelta a empezar... y así seguí durante horas y horas. Mi cerebro necesitaba un respiro, así que fui a por el bajo y estuve tocando una melodía de *blues* durante un rato. Ahora tenía un presupuesto de 5.000 pavos. Parecía que estaba en el buen camino.

El plan era el siguiente: dejaría de trabajar por el dinero y viviría de mis ahorros durante cuatro años mientras trabajaba para otras cosas. Mientras tanto, incrementaría las rentas de la vivienda con una refinanciación de la hipoteca y liquidaría todo lo accesorio. Al cabo de cuatro años vendería la casa y el resto de la propiedad y haría de banquero. De ese modo, durante algunos años disfrutaría de las rentas obtenidas de la hipoteca, que cubrirían los gastos mensuales. Con el dinero obtenido por la entrada de la venta de la casa compraría un bungalow barato en algún sitio. ¿Libre de un empleo pagado a los treinta? Demasiado bueno para ser verdad. Traté de imaginarme tanto la mejor como la peor situación: en el peor caso, mi vida se consumiría dominada por el miedo mientras contribuía a mantener el infierno en la Tierra. En el segundo peor caso, al cabo de veinte años de ir por libre tendría que conseguir un trabajo a media jornada. Al lunes siguiente me despedí del trabajo, di de baja la furgoneta, alquilé tres de las cuatro habitaciones de mi casa y planté un huerto. Era libre, pero más importante todavía: estaba lleno de entusiasmo.

Simplicidad radical es tanto una guía práctica como un juego de herramientas que pueden ayudar a emprender un viaje hacia la simplicidad a la medida de cada uno. A lo largo del camino, nos sorprenderá la magnitud del impacto o huella que llegamos a efectuar cada día, y todavía nos asombrará más lo pequeña que nos gustaría que ésta fuera. Al cabo de catorce años de búsqueda, deseo compartir con vosotros tres herramientas muy específicas. Con los métodos que aparecen en el libro *Our Ecological Footprint*, de Mathis Wackernagel y William Rees*, encontraréis el equivalente de un extracto de cuentas mensual para la Tierra, un método para medir la cantidad de naturaleza que fue necesaria para proporcionar todo lo que consumimos y absorber nuestros residuos. A continuación, siguiendo los pasos que se sugieren en el libro *La Bolsa o la Vida*, de Vicki Robin y Joe Domínguez, podremos empezar a diseñar nuestra economía personal. Será un modelo capaz de resistir los embates despiadados de los mercados mundiales, pero al mismo tiempo nos permitirá ahorrar dinero, librarnos de las deudas y lograr que el trabajo que hacemos coincida con los valores personales. Y si nos llevamos la Tierra al oído y escuchamos sus secretos, podremos inspirarnos lo suficiente para encaminarnos hacia una Tierra más salvaje, compartida por todas las personas y todas las especies. El misterio y la magia de este mundo se desvelarán, mostrando cuál es nuestro nicho en una ecología sostenible y al alcance de todo el mundo.

La combinación de todas las herramientas pone en funcionamiento un ciclo que se va reforzando a sí mismo... de pronto, dispondremos de más tiempo y de más ahorros. ¿Quién lo habría pensado? Tendremos más estabilidad y más habilidades, más responsabilidad e integridad, y una perspectiva completamente nueva de lo que significa la libertad. Las posibilidades son ilimitadas y dan pie a que aparezcan nuevos sueños: existe una infinidad de sueños que devolverían la salud a la Tierra, una infinidad de sueños que no la dañarían, pero tampoco la curarían, y una infinidad de sueños que sólo le causarían daño y que estarán mejor aparcados en el mundo etéreo de la fantasía. Hemos evolucionado y nos hemos socializado hasta convertirnos en seres complejos y al mismo tiempo pavlovianos, magníficos y horribles, inteligentes y anormales, bondadosos y avariciosos. A pesar de tantas complicaciones y contradicciones, ¿existe un modo de abrirnos camino, ahora, y crear un mundo de ensueño para todos los seres vivos?

Tenemos todas las de ganar y todas las de perder... y no tenemos nada que ganar y nada que perder. Nuestra vida puede ser la mejor manera de expresar el compromiso hacia las personas que amamos, hacia los que no tienen voz, hacia la Tierra, y hacia las generaciones que aún están por nacer.

*Wackernagel, Mathis y Rees, William. *Our ecological footprint: reducing human impact on Earth*. New Society Pub (1995) (Nuestra huella ecológica: Reduciendo el impacto humano sobre la Tierra. Colección Ecológica de Medio Ambiente. Lom Ediciones, Santiago de Chile.) [N. de la T.]

